

Testimonio de Ariel, un soldado argentino que combatió en las islas Malvinas en 1982

23 de junio de 1982

Ariel, Daniel Kon

El 2 de abril yo me levanté muy temprano, como todos los días, para ir a trabajar. Me acuerdo que puse Radio del Plata y me enteré de la noticia. Chau, pensé, en dos o tres días me llaman. Pero lo tomé con bastante calma. Comenzaron a pasar los días, y empezaron a incorporar tropas. En ese momento, para mí, lo principal era buscar una manera de engañar a mi vieja. Ya con mis ocho meses de servicio ella se había venido muy abajo; había hecho la conscripción más ella que yo. Así que buscaba la forma de tranquilizarla, le decía que los soldados viejos íbamos a quedar en Buenos Aires, que a las Malvinas iban a ir solo tropas especiales, que nosotros íbamos a tener que ocupar lugares acá, en la compañía.

El 8 de abril, el Jueves Santo, acompañé a mi novia hasta la casa, y ahí me enteré que había llegado la carta para un vecino de ella. Mañana me llega el aviso a mí, pensé. Y, efectivamente, el viernes 9 a las seis y dos minutos de la mañana, recibí un llamado telefónico. Era un sargento primero que yo había tenido durante el año de conscripción. Pibe, preséntate a las ocho de la mañana, me dijo. Quedé petrificado; lo primero era pensar en algo para decirle a mi vieja. Como no se me ocurría nada, hice algo que me gusta mucho: abrí la ducha al máximo y me pegué un baño como de veinticinco minutos. Finalmente, cuando estaba listo para irme, frente a mi vieja no supe qué decir. Quédate tranquila, yo mañana te llamo, fue lo único que pude decirle. La despedí en su habitación, con un beso, y nunca más giré la cabeza. Fui hasta la esquina y tomé un colectivo para ir hasta el regimiento. Ahí estuvimos cuatro días, con toda la incertidumbre del mundo, no sabiendo qué iba a pasar, con los padres agolpados en la puerta preguntando adonde nos iban a llevar. Y el día 14 me subieron arriba de un Boeing 707 rumbo a Río Gallegos. Era la primera vez en mi vida que subía a un avión; al principio tuve un poco de miedo pero después me resultó una experiencia lindísima. Al otro día, 15 de abril, viajamos en Foker a Malvinas.

—Vos, a diferencia de muchos chicos que ya estaban en las islas desde el 2 de abril, habías tenido la oportunidad de ver cómo se había vivido la recuperación aquí. Llegaste, incluso, a presenciar las manifestaciones populares, la concentración en Plaza de Mayo. ¿Qué sentías, a bordo de ese avión, sabiendo que en un rato más ibas a llegar a ese lugar del que ahora hablaba todo el mundo?

—A nosotros, durante los cuatro días que habíamos estado en Palermo, nos habían hablado mucho. Primero nos habían leído los códigos militares, nos habían explicado las penas que les correspondían a los desertores o a los que desobedecían órdenes, y después nos hablaron sobre las Malvinas, la importancia de haberlas recuperado, y cosas por el estilo. Así que la gran

mayoría estaba bastante concientizada de adonde íbamos y para qué. Creo que todos sentíamos que íbamos a ganar, pero todavía no teníamos conciencia muy clara de que iba a haber una guerra, creo que nadie asumía eso del todo. Ahora, si lo que vos me preguntás es qué sentía exactamente en ese momento, arriba del avión, no te puedo contestar. Algunas veces quise acordarme de ese viaje, de cómo me sentía en ese momento, pero no puedo. Es el día de hoy que todavía me parece todo como un sueño, creo que no tomo conciencia del todo de que yo, Ariel, estuve en Malvinas, volví, y de que ahora estoy acá, de nuevo en mi casa. Ahora mismo, en este momento, me parece que nunca me hubiera ido. Pasaron dos meses y medio y todo parece un sueño...

—¿Como si tuvieras un hueco en esos dos meses y medio?

—Sí, ¿sabés que sí? Esa es la sensación que tengo. Me acuerdo con más claridad de los últimos días en Palermo, antes de salir, que de los días posteriores. Me acuerdo que en Palermo nos hablaron mucho de los ingleses, de la actitud de ellos, como invasores de algo que es nuestro. Y te digo que casi llegamos a tenerles odio. Sentíamos que, si íbamos a Malvinas, íbamos a defender algo que era nuestro. En ese sentido me sentía orgulloso, y todavía hoy me siento orgulloso de haber estado allá. Claro que me hubiera gustado que se hicieran mejor las cosas.

— ¿Cómo fue tu primera visión de las Malvinas?

—La imagen que más tengo grabada es la del pueblo, esas casitas inglesas de madera y chapa, cada una con su parquecito. Parecía un pueblito como los de las películas.

—En general, hay otra cosa que uno imagina parecida a lo que ve en las películas: la guerra.

—Sí, y la guerra es exactamente igual que en las películas. Yo, antes de ir, no quería imaginarme demasiado cómo era la guerra, pero suponía que debería ser bastante parecida a las películas. Y es así. Fue muy triste ver todo eso, y ver que al fin y al cabo no podíamos hacer nada porque ellos eran mucho más poderosos, eso es lo que más bronca da. Tal vez yo, en este momento, no podría estar contándote estas cosas a vos, porque no habría sobrevivido, pero habría sido bueno tener mejor armamento, para poder hacerles más frente. Ya que estábamos allá daba bronca no poder pelear de igual a igual y, aunque sea, haber perdido con más honor. No soporto la idea de que hayamos perdido así, que nos hayan pasado por arriba. Al principio, apenas llegamos, nos mandaron a todos los de mi compañía a un teatro, en el centro del pueblo. La sección a la que yo pertenecía tuvo como misión dar seguridad, protección, al resto de la

compañía. Pero a los pocos días nos mandaron a un pequeño grupo, entre los que yo estaba, a las afueras de la ciudad. Tuvimos que abandonar el teatro, que la verdad era un lugar bastante piola, porque se podía dormir bajo techo, bastante calentitos. Nuestro nuevo destino era una zona cercana al cuartel de los Royal Marines, a menos de cien metros del mar. Nuestra misión era repeler posibles ataques de grupos comandos ingleses. Tuvimos que cavar nuestras posiciones, los pozos de zorro, en esa zona, y resultaba bastante difícil. Por la cercanía del mar, el suelo era muy húmedo, y los pozos se llenaban de agua muy rápido. Pero el ánimo, por entonces, era muy bueno. Empezamos a trabajar por grupos. A mí me tocó compartir mi trinchera con otros tres pibes, uno de ellos, mi amigo Walter. Y pusimos todo nuestro empeño en hacerla lo mejor posible; todos los días la arreglábamos un poco; le hicimos un muy buen techo, un excelente parapeto, todo perfecto. Y tratamos de hacerla impermeable al máximo. Conseguimos una madera larguísima, muy pesada, para usar como techo, y arriba le colocamos pasto cortado en panes, así que la llovizna ésa, tan molesta, que siempre había en las Malvinas, adentro de la trinchera no nos molestaba para nada. La vida, entonces, era bastante tranquila. Lo más difícil era pasar las noches, que eran larguísimas. Y después del primero de mayo ya empezamos a dormir de a ratitos, cuando los ingleses paraban de bombardear un poco. Me acuerdo del primero de mayo; fue la primera vez que sentí el peligro realmente cerca. Era de noche, y de repente comenzamos a oír un cañoneo que provenía del mar, del costado al que nosotros dábamos frente. Primero fue un ruido seco, y después el silbido característico de las bombas. Pasó todo rapidísimo; cuando me quise acordar vi cómo una bomba explotaba justito adelante de nuestra posición, a muy pocos metros. La onda expansiva nos sacudió adentro de la trinchera. Yo estaba cerca de una de las paredes y quedé ahí, pegado; otro de los chicos, que estaba en la otra punta del pozo, sentado arriba de un tronquito, voló por el aire, y cayó arriba mío. Las sacudidas eran tremendas, era como un terremoto, como si todo se fuera a abrir en pedazos. Parecía que los oídos iban a explotar. A nosotros nos habían explicado que, en caso de bombardeo, teníamos que abrir bien grande la boca, y tratar de gritar, porque sino corríamos el riesgo de quedarnos sordos. Ese era el primer bombardeo, y todos queríamos hacer, en un segundo, todo lo que nos habían enseñado. Algunos gritaban porque nos habían enseñado eso; otros gritaban por el miedo. Yo, de pronto, sentí un dolor de oídos muy fuerte, parecía como si un líquido me bajara desde las orejas; me toqué pero no tenía nada, era sólo la sensación. Las bombas seguían pegando y dejaban en la tierra agujeros bastantes grandes, de más de un metro y medio de diámetro. Sabíamos que si una bomba pegaba de lleno en una posición no había nada que hacerle, no se salvaba nadie. Al ratito otra bomba pegó muy cerca nuestro, detrás de la trinchera, y volvió a

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

sacudirnos con todo. Después la cosa mejoró porque dejaron de castigar nuestra zona y empezaron a buscar las posiciones del regimiento 7, un poco más allá. No sé si lo que sentimos durante todo el tiempo que duró el bombardeo fue miedo. No sé si miedo es la palabra exacta; lo que sentíamos era mucha tensión, los músculos como agarrotados, como si no fuera el cuerpo de uno. Después, sí, nos abrazamos con Walter; sabíamos que habíamos vuelto a nacer. Creo que fue a partir de ese momento que sentí más fuerte que nunca la convicción de que yo no me iba a morir.

Entrevista realizada por Daniel Kon en Buenos Aires, el 23 de junio de 1982.